

que buscando siempre, cayendo, levantándose, frecuentemente alucinado y nunca desalentado, tiende sin cesar hácia esa grandeza inmensa que percibe confusamente al fin de la carrera que la humanidad debe andar todavía. Es imposible figurarse los hechos que provienen de esta teoría filosófica, por la cual el hombre es infinitamente susceptible de perfeccion, y la poderosa influencia que ejerce sobre aquellos mismos que habiéndose ocupado en obrar, pero nunca en pensar, parecen conformar con ella sus acciones sin conocerla.

Si encontrando un marinero americano, le preguntase por qué razon los buques de su país están contruidos como para tener poca duracion, él me responderia sin vacilar: que el arte de la navegacion hace cada dia progresos tan rápidos, que el navío mas hermoso vendria á ser mui pronto inútil, si durase mas de un cierto número de años. Estas palabras, pronunciadas tal vez sin reflexion por un hombre tosco, y á propósito de un hecho particular, me hacen descubrir fácilmente la idea general y sistemática por cuya influencia conduce un gran pueblo todas las cosas.

Las naciones aristocráticas son naturalmente inclinadas á estrechar demasiado los límites de la perfectibilidad humana, y las democráticas los estienden algunas veces sin medida.

## CAPÍTULO IX.

Por qué el ejemplo de los americanos no prueba que un pueblo democrático deje de tener la aptitud y el gusto por las ciencias, la literatura y las artes.

Es necesario reconocer que entre los pueblos civilizados de nuestros tiempos, hai pocos en que las altas ciencias hayan progresado ménos que en los Estados-Unidos, y hayan producido ménos grandes artistas, poetas ilustres y escritores célebres.

Muchos europeos, admirados de este espectáculo, lo consideran como un resultado natural é inevitable de la igualdad, y aun han creído que si el estado social, y las instituciones democráticas, lle-

gasen alguna vez á prevalecer sobre todos los países de la tierra, el espíritu humano veria oscurecerse poco á poco la luz que lo ilumina, y los hombres volverian á caer en las tinieblas.

Los que así raciocinan confunden muchas ideas que conviene dividir y examinar separadamente, y mezclan sin querer lo que es democrático con lo que es puramente americano.

La religion que profesaban los primeros colonos ó emigrados, y que han legado á sus descendientes, simple en su culto, austera y casi salvaje en sus principios, enemiga de signos exteriores, y de la pompa de las ceremonias, es naturalmente poco favorable á las bellas artes, y no permite sino con pesar los goces literarios.

Los americanos componen un pueblo antiguo y mui instruido, que ha encontrado un país nuevo é inmenso en que pueden estenderse á su voluntad y cultivar sin trabajo. Esto no tiene ejemplo en el mundo, y así es que en América encuentra cada uno medios fáciles para hacer su fortuna ó para aumentarla, que son desconocidos en otros puntos; porque los deseos inmoderados, por una parte, y el espíritu humano, separado siempre de los placeres de la imaginacion y de los trabajos de la inteligencia, por otra, no propenden sino á la adquisicion de las riquezas. No solo se ven en los Estados-Uni-

dos, como en todos los otros países, clases industriales y comerciantes, sino que todos los hombres se ocupan á la vez de industria y de comercio, cosa que no se habia visto jamas hasta ahora. Estoy, sin embargo, convencido de que si los americanos se hubiesen hallado solos en el universo, con la libertad y las luces adquiridas por sus padres y las pasiones que les son propias, no habrian tardado mucho en descubrir que no se pueden hacer por largo tiempo grandes progresos en la práctica de las ciencias, sin cultivar la teoría; que todas las artes se perfeccionan las unas por las otras; y por embebidos que se hallasen en alcanzar el objeto primario de sus deseos, pronto habrian reconocido que es preciso de cuando en cuando, desviarse de él para conseguirlo mejor.

El gusto por los placeres del espíritu, es por otro lado tan natural en el corazón del hombre civilizado, que aun entre las naciones cultas, que son las ménos dispuestas á entregarse á él, se encuentra siempre un número de ciudadanos que lo concibe, y una vez sentida esta necesidad intelectual, es bien pronto satisfecha. Pero cuando los americanos no piden á la ciencia sino las aplicaciones particulares á las artes, y los medios de hacer la vida agradable, la docta y literaria Europa se encarga de remontar al origen general de

la verdad, y perfecciona al mismo tiempo todo lo que puede concurrir á los placeres, y servir á las necesidades del hombre.

Los habitantes de los Estados-Unidos distinguian á la cabeza de las naciones ilustradas del mundo antiguo, una con la cual les unia estrechamente un origen comun y hábitos análogos; y encontrando en ella sabios célebres, artistas hábiles, y grandes escritores, podian recoger los tesoros de la inteligencia sin tener el trabajo de reunirlos.

Por mi parte, no puedo convenir en separar la América de la Europa, á pesar del Océano que las divide, porque considero los Estados-Unidos como la porcion del pueblo inglés encargada de beneficiar los bosques del Nuevo-Mundo, al paso que el resto de la nacion, mas libre de tareas y ménos entregado á los cuidados materiales de la vida, puede darse al estudio y ensanchar en todos sentidos el espíritu humano.

La situacion de los americanos es, pues, enteramente escepcional, y debe creerse que ningun pueblo democrático la alcanzará nunca. Su origen puritano, sus hábitos únicamente comerciales, el país mismo que habitan y que parece alejar su inteligencia del estudio de las ciencias, de las letras y de las artes; la proximidad de la Europa, que les permite abandonar su estudio sin recaer en el es-

tado de barbarie, y mil otras causas de las que no he podido indicar sino las principales, han debido reducir el espíritu americano de una manera singular al estudio de las cosas puramente materiales. Las pasiones, las necesidades, la educacion, las circunstancias, todo parece en efecto, concurrir á inclinar al habitante de los Estados-Unidos hácia las cosas temporales, y solo la religion lo eleva de tiempo en tiempo, á la contemplacion de las divinas.

Dejemos de ver todos los países democráticos bajo la forma del pueblo americano, y considerémoslos bajo sus propios caracteres. Figurémonos por un momento un pueblo en que no hubiese divisiones, jerarquías, ni clases; en que la lei, no reconociendo privilegios, dividiese igualmente las herencias, y que al propio tiempo estuviera privado de luces y de libertad. Esta no es sin embargo una vana hipótesis, pues en los intereses de un déspota cabe el hacer á sus vasallos iguales, y el dejarlos en la ignorancia, á fin de conservar con mas facilidad la esclavitud. No solamente un pueblo democrático de esta especie no tendria gusto ni aptitud para las ciencias, la literatura ni las artes; sino que nunca llegaria á formárselo; y la lei de las sucesiones se encargaria por sí misma de destruir en cada generacion las fortunas, de modo que nadie

crearia otras nuevas. El pobre, privado de luces y de libertad, ni aun concebiria la idea de la riqueza; y el rico se dejaria arrastrar hácia la pobreza sin saber impedirlo. Se estableceria entre estos dos ciudadanos una completa é invencible igualdad, y nadie tendria ni tiempo ni gusto para entregarse á los trabajos y á los placeres de la inteligencia, porque todos permanecerian entorpecidos con la misma ignorancia, y en igual esclavitud.

Cuando yo me figuro una sociedad democrática de esta especie, creo trasladarme á uno de esos subterráneos reducidos y ahogados, en donde las luces traídas de fuera se debilitan, y vienen al fin á apagarse. Me parece pues, que una pesadez súbita me abrumba, y que yo mismo me lanzo en medio de las tinieblas que me rodean, para hallar la salida que debe conducirme al aire y á la claridad: mas todo esto no puede aplicarse á los hombres ya ilustrados, que despues de haber destruido entre ellos los derechos particulares y hereditarios que fijaban para siempre las fortunas en medio de ciertos individuos ó de ciertos cuerpos, permanecen libres.

Cuando los hombres que viven en el seno de una sociedad democrática son ilustrados, descubren sin trabajo que nada los limita, los fija, ni los obliga á contentarse con su fortuna presente; con-

ciben la idea de aumentarla, y si son libres, tratan de hacerlo; pero no todos obtienen igual resultado. Aunque la legislatura no conceda privilegios, la naturaleza los da, porque siendo mui grande la desigualdad natural, las fortunas dejan de ser iguales al momento en que cada uno hace uso de todas sus facultades para enriquecerse.

La lei de las sucesiones se opone á la fundacion de familias ricas, pero no impide que haya riquezas. Ella dirige á los ciudadanos hácia un nivel comun, del que ellos salen sin cesar, haciéndose mas desiguales en bienes, á medida que sus luces son mayores y su libertad mas grande.

En nuestro siglo se ha levantado una secta célebre por su genio y extravagancias, que pretendia reunir todos los bienes en las manos de un poder central, encargándolo de distribuirlos en seguida segun el mérito de los particulares, á fin de sus- traerse de este modo de la perfecta y eterna igualdad que parecia amenazar las sociedades democráticas.

Hai otro remedio mas sencillo y ménos peligroso, cual es el de no conceder á nadie privilegios, dar á todos las mismas luces, é igual independencia, y dejar á cada uno el cuidado de señalarse su puesto; pero en este caso la desigualdad natural apareceria pronto, y la riqueza

por sí misma iría á manos de los mas capaces.

Las sociedades libres y democráticas encierran siempre en su seno, una multitud de gentes opulentas ó con comodidades; pero estos ricos no se ligarán nunca entre ellos tan estrechamente como los miembros de la antigua aristocracia; tendrán instintos diferentes, y casi nunca un sosiego tan completo y asegurado, porque serán infinitamente mas numerosos que los que en la aristocracia componian esta clase. Estos hombres no estarán completamente encerrados en las preocupaciones de la vida material, y podrán con mas ó ménos fuerza entregarse á los trabajos y á los placeres de la inteligencia, y se entregarán sin duda; pues si bien es cierto que el espíritu humano se inclina por una parte á lo limitado, á lo material y á lo útil, no lo es ménos que por otra se eleva naturalmente hácia lo infinito, lo inmaterial y lo bello. Las necesidades físicas lo inclinan á la tierra; pero cuando dejan de retenerlo, se levanta de nuevo por sí mismo; y no solo el número de los que pueden interesarse en las teorías del espíritu será mas grande, sino que el gusto de los goces intelectuales se manifestará en seguida, hasta en los mismos que en las sociedades aristocráticas parece que no tienen el tiempo ni la capacidad de entregarse á él.

Cuando ya no existen riquezas hereditarias, privilegios de clases, ni prerogativas de nacimiento, y que cada uno es fuerte por sí mismo, parece evidente que lo que hace la principal diferencia entre la fortuna de los hombres, es su capacidad intelectual. Entónces, todo aquello que sirve para fortificar, estender ó adornar la inteligencia, adquiere un gran valor.

La ventaja del saber se descubre aun á los ojos mismos de la multitud. Los que no gozan de sus encantos, aprecian sus efectos, y hacen algunos esfuerzos para alcanzarlo.

En los siglos democráticos, ilustrados y libres, los hombres no tienen quien los separe ni quien los retenga en su puesto, y se elevan ó descienden con una rapidez singular. Todas las clases se ven constantemente, porque se encuentran inmediatas; se comunican y se mezclan todos los dias; se imitan y se envidian, y esto sugiere al pueblo una multitud de ideas, de nociones y de deseos que no habria tenido, si las clases hubiesen estado fijas y la sociedad inmóvil. En estas naciones el criado no se considera como totalmente extraño á los goces y á los trabajos del amo, ni el pobre á los del rico; el hombre del campo se esfuerza en asemejarse al de la ciudad, y las provincias á la metrópoli; y así es que nadie se

contrae únicamente á los cuidados materiales de la vida, y el mas humilde artesano echa de cuando en cuando algunas miradas codiciosas y furtivas al mundo superior de la inteligencia. No se lee con el mismo espíritu, ni del mismo modo que entre los pueblos aristocráticos; pero el círculo de los lectores se estiende sin cesar, y concluye por comprender á todos los ciudadanos.

Desde el momento en que la multitud principia á interesarse en los trabajos del espíritu, se descubre como un medio de adquirir la gloria, el poder y las riquezas, el distinguirse en alguno de ellos. La inquieta ambicion que la igualdad produce, se vuelve tan pronto de este lado como de los otros, y el número de los que cultivan las ciencias, las letras y las artes viene á ser inmenso, porque se despierta una actividad prodigiosa en el mundo de la inteligencia; cada uno trata de abrirse un camino hácia él, y se esfuerza en atraer sobre sí las miradas del público. Mucha analogía tiene esto con lo que sucede en los Estados-Unidos, en la sociedad política; las obras son allí frecuentemente imperfectas, pero innumerables; y aunque el éxito de los esfuerzos individuales sea ordinariamente pequeño, el resultado general es mui grande.

No hai razon para decir que los hombres que viven en los siglos democráticos sean naturalmente

indiferentes por las ciencias, las letras y las artes; pues solo se puede reconocer que las cultivan á su modo, y que por lo mismo tienen las cualidades y defectos que les son propios.